

Capítulo I
La Soledad de la Nada



Al igual como el viejo inca cuando bajaba, meditando, de las altas y escondidas montañas de Machu Picchu, yo también siento que a través de los años he vivido meditando subconscientemente. En mi juventud fui aprendiendo las diversas formas del mundo del saber y progresando en ellas. En mi edad mediana viví la existencia de un profesional y un hombre con obligaciones familiares y en mi madurez, ansío volverme en un hombre de conocimientos retrospectivos.

¡Qué experiencia tan grande es la vida! Quienquiera que uno sea, siempre sentirá una tristeza de espíritu, una sensación de *déjà vu* cuando choca con su pasado. Nosotros sólo somos un eslabón en la cadena de milenios conectados con el inimaginable origen de la existencia de nuestro Cosmos. Los científicos piensan en la continuidad biológica en términos de las cadenas cromosómicas. ¡Desgraciadamente conocidas sólo por la ciencia!, pero el ADN de nuestro pasado no ha sido descubierto por la mente de los grandes genios, sino, más bien, es vivido y recordado por la modesta inteligencia del hombre común.

Con el destino que cada uno de nosotros seguimos, algunos afortunados han recibido el don de tener un recuerdo limitado del pasado;

pero otros, sufren la desgracia de recordar todos los episodios de inhumanidad, ocurridos quizás, desde su origen. He subtitulado este libro “Un Holocausto Olvidado” porque muy pocas personas exponen, escriben o documentan sobre las injusticias que han sufrido y continúan sufriendo los naturales o mestizos de este antiguo continente “recientemente” descubierto. Es posible que mucho antes que Colón apareciera en nuestras soleadas playas, los nativos de las Américas sufrieran sus propios problemas sociológicos. De estas experiencias, yo tengo un vago recuerdo espiritual, pero siento que ya existía como un profundo e intrínseco sentimiento de tristeza en el alma de mis ancestros.

Narraciones como la *Crónica del Perú* —Escrita por Pedro Cieza de León, alrededor de 1550, casi veintitrés años después que Francisco Pizarro descubriera el Imperio de los Incas— describen los abusos y atrocidades que habían sido cometidos por los mismos habitantes originarios del lugar y no por la imposición de los invasores foráneos.

Aunque esa era su forma de vivir, tal era su idiosincrasia. Desafortunadamente, los conquistadores tomaron estos antecedentes como excusa para diezmarlos: a través de la esclavitud, motivados por razones pecuniarias y bajo la hipocresía de argumentos morales y religiosos.

Tal vez, con los azotes del látigo de los conquistadores, nuestro ADN existencial se distorsionó e imprimió en nuestras almas, una melancolía espiritual que todos los peruanos llevamos dentro, como una propia marca de deformidad.

Siento como si estas páginas fueran un manuscrito de los espíritus de mis ancestros. Como si estuvieran acechándome y atormentándome para no olvidar el doloroso pasado, ahora que ya tengo la felicidad que un ser del mundo subdesarrollado puede alcanzar. Por medio de la narración de la historia de mi vida, trataré de expresar la tortura que es vivir con el conocimiento de las grandes injusticias pasadas y presentes, y que son el estigma que llevan los descendientes de los habitantes originales de este continente americano.

Han transcurrido quinientos años y aún existe una agonizante cultura indígena que no ha desaparecido. A diferencia de la Atlántida, que supuestamente se sumergió sin dejar un solo rastro. Pero nuestra antigua cultura aún existe y esto hace que el mundo pueda ver su decadencia y olvidar su grandeza. Nosotros conjeturamos que el hombre de la Atlántida fue un ser de cultura superior. Pero, con los nativos del continente americano, asumimos lo contrario. Aun cuando, lo que queda de nuestra civilización es considerado por algunos de origen extraterrestre. Tal como sucede con las figuras y líneas gigantes del desierto de Nazca, que tienen la apariencia de enormes pistas de aterrizaje e imágenes trazadas en el terreno, quizás por seres de otros mundos.

Siendo el tiempo una eternidad, tal vez los siglos transcurridos representen una parte infinitesimal de nuestra existencia humana. Quizás en épocas futuras, los nativos americanos serán reconocidos como los descendientes de una cultura que logró alcanzar los avances del progreso en su tiempo y espacio. Y quién sabe, si ellos podrán eventualmente superarse en el futuro, a pesar de su doloroso pasado.

En las profundidades de mi memoria, recuerdo la brumosa niebla, arremolinada alrededor de los altos picos de las montañas, con sus apacibles masas de nieve perpetua, que llevan las huellas de aquellos que las miraron desde el inicio de los tiempos, como cuando los antiguos incas caminaban por las inmensidades de los valles y ya sentían la soledad de la nada. Ese irresistible deseo en todas las criaturas de combatir el desdén de la naturaleza hacia el hombre. A veces siento haber caminado por la senda de aquel pasado tan lejano e infinito, sobrecogido por los sonidos de las cascadas de un río helado que se deslizaba sobre las mismas piedras, tal vez, tantas veces perturbadas por las pisadas de mis ancestros.

Años y hechos han transcurrido desde mi niñez. Ahora yazco moribundo, herido en un accidente y siendo transportado en una camilla hacia la sala de operaciones, donde muchas veces como médico, asistía a otros

pacientes. Ahora en el lecho como paciente, escucho lamentos de todos los que están a mi alrededor. Siento que mi alma se separa de mi cuerpo —libre al fin— pero aún flotando delicadamente sobre mis restos, como una madre adolorida. Recordando quién soy o quién era. Es en este mundo etéreo que comienzo a recordar al niño que fui, respirando el liviano y frío aire de los Andes por primera vez.

En la mirada de este recién nacido ya hay incertidumbre. Quién sabe a lo mejor tratando de superar un pasado dominado por quienes eran los más fuertes, quizás a veces magnánimos, pero generalmente crueles. Hay lágrimas en las mejillas de este niño mestizo, que ya siente la dureza de su alma y que está mirando las fuerzas abrumadoras de su destino.

Esos tiernos ojos miran las elevadas montañas y él siente la angustia de su existencia. Conforme crece transita por los tortuosos senderos que circundan la ribera, lanzando piedras al río que casqueante cruza la ciudad. Y así va aprendiendo a trepar las altas cumbres de la vida.

Mientras mi inconsciente cuerpo percibe y escucha al ansioso doctor introducir el tubo endotraqueal, mi alma continúa recordando el pasado y la herencia de este niño.

Sus padres son la continuación de una raza mezclada, muchos años atrás. Uno mostrando más cicatrices de la herencia india y el otro poseyendo más sangre del Viejo Mundo. Un mestizo viene al mundo gritando, como si quisiera provocar una avalancha de las montañas para sofocar su horroroso pasado. Esta criatura, tanto como otras, es tan sólo el producto de ese instinto de procreación. Él ya está destinado a sufrir la marca de su ambivalente historia. “Cóndor” será su nombre, y así se imaginará volando de las cumbres a los valles. Y con esa faz solemne de los cóndores trascenderá los mundos de muchas gentes y naciones, deslizándose con sus grandes alas, por horas, días y años. Todo el tiempo mirando hacia abajo y pensando ¿Por qué yo puedo volar tan alto y tan lejos? ¿Qué sucedería si me pierdo en un mundo

desconocido por mis ancestros? Sin embargo, él se remonta a lugares extraños y recorre las rutas de su propia raza, tropezando tímidamente con su pasado, quiere borrar las cicatrices de lo ocurrido y avizora un futuro mejor. Pero, no es un superhombre, tan sólo puede esperar y aprender las enseñanzas de la vida y llegar a ser un hombre con conocimiento de su pasado y del presente.

Pasarán los siglos y los hombres se volverán más compasivos y tolerantes. La humanidad puede estar segura de esto, porque así está codificado en nuestros cromosomas. Pero en este proceso, no somos pacientes en cuanto a los fenómenos de la naturaleza y a lo infinito del tiempo. ¡Qué visión tiene este Cóndor! pero ¿Qué puede hacer? Ha aprendido y ha experimentado muy rápido en el azar de la vida. Ahora le es difícil volar al lugar de sus raíces; más aun, cuando los misterios de su linaje serán olvidados por sus propios descendientes. Mirando hacia abajo y hacia arriba, los ojos agudos de este cóndor contemplan un gran futuro para la humanidad, pero, ¿cuándo? No precisamente en este milisegundo de su existencia.

La estéril sala de operaciones está fría; como una tumba llena de conmoción y ansiedad. Los médicos y enfermeras se ponen sus vestimentas y guantes apresuradamente. Hábilmente, el cirujano abre mi pecho y expone el corazón herido. Mi anestesiado cuello se adormece y los entrecortados ronquidos de la muerte se escuchan a través de las mangueras de oxígeno. Sus rostros, medio cubiertos por las máscaras perciben un temor y pavor de lo inevitable. El alma del Cóndor aún flota suavemente, como si no supiera qué hacer, mientras sigue recordando el borroso pasado donde evoca al pequeño niño subir las empinadas, estrechas y empedradas calles incaicas del Cuzco.

Él recuerda el olor de la “chuta”, pan oscuro de afrecho, que por siglos ha impregnado el ambiente de las pequeñas aldeas indígenas. Recuerda a sus padres, pero él no sabe si esto es bueno o malo; porque en el rostro de su madre ve las tortuosas huellas de su pasado, con sus

tristes contornos que reflejan silenciosamente el genocidio de los indios. El alma del Cóndor recuerda la pequeña ciudad de Andahuaylillas, con sus escalonadas y borrosas verdes montañas; sus cielos claros y arrebozados por un aire frío, apenas entibiado por un sol lejano. Él puede ver el pavoroso pasado en sus gentes, tal como los españoles lo dejaron siglos atrás.

Han transcurrido horas y ahora hay quietud en la sala de operaciones. El movimiento cardíaco trazado en el monitor demuestra todavía actividad normal. Como las cumbres de los Andes. No hay desiertos planos en el cardiograma. El órgano que mantiene la vida, está aún latiendo. El cirujano sutura el corazón herido y cierra rápidamente la cavidad torácica debido a la emergencia del caso. La inquieta y flotante alma del Cóndor, todavía recuerda que la pequeña ciudad de Andahuaylillas tenía una plaza, con una antigua iglesia enyesada de adobes, hechos —quizás— con el polvo de los incas.

En la pequeña villa donde nació su madre, Cóndor, por primera vez llega a ser consciente de los indígenas, y para él, son tan iguales como otras personas; pero, por alguna razón, él no es aceptado. Un indígena le pregunta al pequeño Cóndor “si su madre quisiera copular con él” ¿Cómo podría él saber que ésa era una pregunta cruel? Pero, sin embargo, decidió callar. ¿Qué edad tenía? Era muy tierno e inocente, pero ya venía aprendiendo de la maldad humana y sólo su alma puede recordar esa niñez lejana. En esa aldea disfruta del lugar de juegos de los niños indígenas que es el cementerio. Hay muchos nichos con inscripciones en las lápidas, unas son recientes y otras antiguas. Él se da cuenta de lo inevitable que es la muerte, pero sigue jugando al “escondite” con los otros niños.

Cóndor rememora a su alto y ligeramente encorvado abuelo, que era un tejedor de ponchos, al antiguo y tradicional estilo incaico. La primera vez que recuerda haberlo visto fue en un soleado y caluroso día cuando estaba sentado en un banco de madera cerca al suelo, con una



Andabuyllillas tiene una plaza con una antigua iglesia de yeso blanco, y adobes hechos —quizás— con el polvo de los Incas

correa de cuero alrededor de su cintura, sujeto a un poncho a medio hacer al otro extremo de un árbol de eucalipto grande y viejo. Los colores brillantes de los hilos eran rojo, púrpura y amarillo. Con rapidez y destreza, movía sus herramientas de hueso entre las hebras verticales de lana de llama, mientras cruzaba otro hilo horizontalmente. Luego, con una espátula de hueso, de un color blanco-amarillento, templaba las hebras de hilo, como si fueran las cuerdas de un arpa. Se le veía anciano y experimentado, en comparación con las otras gentes del lugar, olía a coca —la que es masticada por la mayoría de ellos— vagamente, y a aguardiente, casi como si quisiera ocultarlo.

El abuelo, que hablaba español y quechua, contaba anécdotas de su pasado, recordando a las personas cuyas tumbas pisaban los niños cuando jugaban en el cementerio. Sabía la historia y hechos de los con-

quistadores y estaba consciente que tenía más sangre de estos españoles que otros mestizos. Usaba sombrero de fieltro, chaleco oscuro, pantalones hechos a la medida y zapatos negros de cuero, a diferencia de muchos otros, que vestían todavía ropas autóctonas similares a las incaicas como ponchos y sandalias. El abuelo se ponía poncho sólo cuando hacía frío en las noches o para esconder su botella de licor.

A Cóndor le gustaba oír a su abuelo contar anécdotas en las noches heladas, en su pequeña casa de adobe, sentado en el duro y polvoriento banco del mismo material, dentro del cuarto techado con vigas de madera de eucalipto, visiblemente apolilladas, que sostenían esa casa quién sabe por cuantos años.

Contaba el abuelo cómo eran tratados los indios por el caporal o el patrón. Mucho antes de que cantaran los gallos —como *El caballero Carmelo* del escritor peruano, Abraham Valdelomar— ellos ya estaban despiertos y en pie. No recordaba si estaban encadenados, pero sí que eran azotados en esas tempranas y frías mañanas de este pueblo y cómo se podía escuchar la estampida de sus pies desnudos y callosos corriendo por el campo, sin desayuno, y con una bola de coca en un lado de la boca, como si fuera una goma de mascar, pero emanando un olor fétido, y enseñando la pureza de sus dientes blancos y marfileños. ¡Sí!, ellos trabajaban la dura tierra de las empinadas montañas. Sus compañeros eran el resuello del viento frío y el débil calor del sol. Su ocasional descanso era contemplar las algodoadas nubes contra el cobalto del cielo azul y el infinito de las montañas. Empujaban la llacta incaica para el arado con sus pies desnudos, moviendo todo el tiempo grandes pedazos de tierra oscura donde las piedras fueron removidas por sus ancestros. Pero todavía encontraban rocas y las usaban para reforzar los escalonados andenes en los escarpados y poco accesibles costados de los cerros. Los cóndores, en su alto vuelo, han visto esta escena desde tiempos inmemorables en que ambos: el indígena y el trabajo, fueron creados.

Cóndor ve la monótona existencia del indígena, tal como la vio su abuelo. Él contempla cómo algunos están abajo y otros arriba, y cómo algunas gentes usan a otros para el beneficio de unos pocos.

¡Todos están callados! Las enfermeras se notan apresuradas. Los doctores —algo dudosos— colocan las últimas suturas en forma rápida y sin delicadeza. Luego remueven la fría sábana azul de papel y su cuerpo queda descubierto; inerte como un Jesús muerto. Pero su alma está todavía alrededor, esperando ver qué va a pasar.

Así, en su estado semicomatoso, el alma del Cóndor regresa a ese niño de cinco años, que va por primera vez a la escuela con su tío, de mestizaje más moreno y mayor que él. No usa zapatos y sus pies son duros y fuertes como las garras de un cóndor. Él pisa las piedras punzantes sin sentir dolor. Cóndor, que usa zapatos, le pregunta: ¿Por qué



La casa de adobe de mi abuelo, con vigas de madera de eucalipto —visiblemente apolilladas y podridas— que la sostuvieron quién sabe por cuántos años.

no sientes dolor cuando caminas sobre las piedras tan ásperas? Y él responde: “No mires el suelo y sigue caminando”. La indiferencia entonces ya es una marca de nosotros; es como si fuera nuestro destino, así como todos somos indiferentes a la muerte.

En el largo proceso quirúrgico, con su mente en el más allá, pero con sus sentidos en este mundo, algunos olores de la sala de operaciones le traen recuerdos al olfato de un lejano y casi olvidado desayuno tomado muy temprano por la mañana.

Mientras bebían una taza de chocolate de puro cacao, cocido en una olla de barro, sobre el fogón de una cocina rústica, que emana una suave llama de estiércol vacuno; sienten el tenue calor del fuego natural y sus pupilas brillan con la primera luz de la mañana. Apenas se ha asomado el sol y se huele el dulce aroma del pan, como si el polvo de los antiguos incas hubiera impregnado la tierra donde creció el trigo. Es un desayuno simple, pero místico, que nos recuerda la renovación del espíritu y la continuación de la vida.

Su tío tal como un jilguero —un pájaro de los Andes, con pecho rojo, y que siempre está cantando— continuamente está hablando. Él le enseña a Cóndor las costumbres del lugar. Ambos están contentos de ir a la escuela. Juntan rápidamente algo de comer porque la mañana se siente más tibia a medida que el tiempo sigue avanzando. No tienen relojes, casi nadie los tiene; pero cuentan las horas escuchando las campanadas de la antigua catedral. Mote hervido de maíz y queso fresco son colocados en sus chullos de lana. Ellos pueden sentir el agua fría que escurre por sus sienes cuando estas prendas son puestas sobre sus cabezas. Juntos corren a la escuela y pasan por la puerta de su casa, que todavía tiene la portada de piedra incaica, tallada con dos cabezas de llama. La calle es de tierra, con piedras puntiagudas y hay un pequeño canal en el medio del camino, que es el sistema de agua y desagüe de los antiguos incas. Se ven algunos indígenas y mestizos caminando con botellas de aguardiente y mascando coca; otros arrear sus vacas y ovejas

hacia los pastos de las montañas. Llegan a la plaza, donde hay un árbol grande y arrugado, con flores que caen suavemente al suelo, cubriéndolo como una alfombra. Cóndor recoge una flor que parece un pico de loro; abre sus pétalos: la parte superior, de un rojo intenso, y la pequeña parte inferior, color amarillo. Luego de satisfacer su curiosidad la arroja. Ellos llegan tarde a la escuela y Jilguero es multado con diez centavos y como no los tiene, recibe con una palmeta de madera, dos golpes en las asentaderas.

Cóndor no es castigado, quizás porque es un mestizo más claro y un visitante bienvenido por los profesores. Los estudiantes tienen cabellos negros, ojos rasgados y grandes y sonrientes dientes blancos. Las clases empiezan en el pequeño cuarto de adobe con piso de tierra. Y en esta humilde escuela, los pensamientos de Cóndor vuelan a través de la soledad de la nada.

A la hora del recreo, se quitan los chullos y los colocan en las palmas de sus manos, comiendo el mote con queso, que viene a ser su almuerzo. Las clases terminan cuando el sol ya no da sombra. Después, algunos niños indígenas tienen que ir a trabajar al campo, o peor aún, otros deben regresar a sus casas y encontrar a sus padres borrachos y el suelo cubierto de escupitajos de coca. Los olores de la chicha de maíz fermentado y la coca, putrefactan el aire y todos se encuentran en trance por sus efectos. Las mujeres indígenas se quejan y lloran de su destino. Sus almas están adormecidas y el inolvidable sufrimiento del pasado está impregnado en sus rostros.

Cóndor es recibido por esta gente, que se ve afligida y prematuramente envejecida. Lo aceptan como si él representara el futuro, y sienten que es diferente. A pesar de ser un niño, lo ven como si fuera más maduro. Lo llaman “Niñucha” porque usa pantalones cortos, tirantes y zapatos, y sólo habla español. Él se siente feliz de estar con ellos y en su corazón hay una luz de optimismo, mientras que en el de los otros se alberga la oscuridad del pesimismo. Para anestesiar sus penas, ellos bai-

lan, beben y finalmente pelean y golpean a sus mujeres e hijos. Cónдор ha visto en sus largos viajes, cómo beben los ingleses, pero esto es diferente, aquí no hay control. Nuestras gentes muestran sus penas abiertamente y el remordimiento del pasado se refleja en sus acciones. Cónдор mira, piensa y siente que hay otros mundos hacia donde escapar. Es por eso que sus alas son grandes y siempre podrá volar muy lejos y a lugares desconocidos por sus ancestros. Él ha estado en todas partes y ahora podrá escribir sus experiencias. Cuando relate lo que ha vivido, no esconderá sus sentimientos, puede ver de lejos y conocer las malas y buenas acciones de los hombres.

Terminada la cirugía, las enfermeras colocan su pesado cuerpo delicadamente en una camilla, cuidando en no remover los innumerables tubos plásticos que lo mantienen aún con vida. Su alma todavía sigue viajando por el pasado y, por primera vez, recuerda a sus padres.

Su padre viste el uniforme de un oficial del ejército. Él es mestizo, pero tiene menos sangre india. Su madre usa lápiz de labios y tiene más sangre inca y ahora es una “señorita” de su pueblo de Andahuaylillas. Cónдор no recuerda si hay cuervos en el Perú, pero don José, su padre es la personificación de esa ave arrogante y provocadora. Él nació en Arequipa, perdió a su madre muy pequeño y fue criado por sus tías. En su juventud escapó de su casa y se unió al ejército como recluta, con sólo tercer año de primaria. La madre de Cónдор, está feliz con su único hijo, pero no con su suerte. Ella nació en Andahuaylillas y también perdió a su madre siendo muy pequeña. Después fue criada por un padre “solterón”, en diferentes casas, donde probablemente sufrió abusos y nunca fue enviada a la escuela. Su deplorable situación y el hecho de no tener madre, hicieron que una pareja alemana sintiera compasión por ella y la adoptaran en el Cuzco. Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, estos padres adoptivos tenían que regresar a su país de origen y pensaron en llevársela. No pudieron hacerlo, porque su padre se opuso a la idea. Tal vez, si hubiera ido a ese país, ella

habría muerto, víctima de la guerra en una tierra extraña.

Inconsciente y sin saber lo que ha pasado, su mente vaga en el espacio y su alma regresa al pasado, donde siente reencarnarse en un ave.

El Cóndor vuela alto y ve las enormes montañas, testigos permanentes desde el principio de los tiempos. Mueve su pescuezo y su collar de blancas plumas se agita con el viento, mientras se desliza por los azules cielos, veloz como un cometa. ¡Oh, cómo deseaba él ser ese majestuoso animal de los altos espacios!

La camilla donde él yace, es empujada por los fríos y vacíos pasillos del hospital; escuchando apenas el chirrido de las ruedas oxidadas por alguna sangre derramada. Siente que las puertas se abren y es introducido al mismo elevador que usaba para hacer sus rondas en el hospital, viendo cómo otros eran transportados en camillas. Su alma todavía lo sigue de cerca y ahora tiene un oscuro y vago recuerdo de una casa en los cerros con vista a la antigua ciudad del Cuzco.

Cóndor recuerda que en una medianoche fue despertado por el llanto de su madre. Ella había visto un bulto —una sobrenatural masa fantasmal— en la entrada del único cuarto que era su casa. Para ella, este fenómeno fue muy real. Su padre coge su linterna y va detrás del supuesto objeto, en medio de la noche fría. Después de un rato, regresa agitado y confuso, al no haber encontrado nada. El pequeño Cóndor observa el incidente desde su cama y se pregunta: ¿Habrán cosas sobrenaturales en este mundo? Se esconde bajo las frazadas y temblando, mira hacia la puerta. ¿Aparecerá ese bulto, nuevamente? ¿Qué es lo que su madre vio? y ¿por qué?

Es sabido que mucho antes de que los españoles vinieran al Perú en 1532 —y sólo Dios sabe por cuánto tiempo— los incas y sus antepasados solían enterrar a su gente, especialmente a sus personajes nobles, curacas y sinches, en tristes y pomposas ceremonias. Ellos abrían grandes hoyos en la tierra virgen y ahí introducían los cuerpos, con sus riquezas, comida y chicha, en cantidad suficiente para que les duraran

en su viaje al más allá, tal como lo hacían los egipcios. Pero, junto con sus pertenencias, ellos también enterraban vivas a sus más bellas esposas y algunos de sus sirvientes favoritos; quienes, aparentemente, no tenían objeción y se sentían muy contentos de acompañar a su señor al más allá. Estos grandes orificios eran cubiertos con tierra, formando un pequeño montículo donde sus deudos marcaban el área con una piedra grande, ocultando al “bulto” y formando así una huaca, que indicaba el lugar de la tumba, y luego, por días, semanas y meses, la gente retornaba al demarcado sitio, para llorar a sus muertos. Fue así, cómo los españoles podían saber dónde estaba enterrado el oro, que se encontraba por todo el Perú. Los conquistadores sólo tenían que cavar para obtener lo que habían venido a buscar.

Mientras el ascensor sube lentamente, una fuerte sensación de ir contra la gravedad produce a su cuerpo agonizante una atracción hacia la tierra, como si ésta lo quisiera reclamar para siempre. Su alma, nuevamente, abandonando sus contactos terrenales, recuerda cuando Cóndor iba al Colegio Salesianos del Cuzco.

Él ve unos hombres altos, de tez sonrosada, vestidos con sotanas negras y blancos y almidonados collarines. Se ven dignificados y se encargan de la enseñanza a los niños de la clase media. Cóndor recuerda haber sido enviado a un rincón de la clase porque causó un problema. El colegio es grande y se encuentra cerca de la elevada fortaleza incaica de Sacsayhuamán; que domina la antigua ciudad imperial. Los claustros del colegio son viejas aulas de techos altos, silenciosos y fríos. Los padres, nuestros profesores —en su mayoría extranjeros— eran robustos y dominantes. Cóndor aprende a través de ellos, los usos y costumbres del Viejo Mundo.

Un día, durante el recreo, en este colegio amurallado, Cóndor siente un repentino terror. Como si sus padres lo estuvieran abandonando. Trepa las antiguas rejas de hierro oxidado y huye del colegio. Caminando rápido por las calles vacías, bajo una fuerte lluvia, llega a

su casa empapado y desesperado. Ve a su padre y a su madre preparando sus maletas y ellos le preguntan: ¿qué haces aquí? Cóndor les ruega: ¡No!, ¡no me dejen! Sus padres le permiten quedarse en casa. ¡No!, ¡no lo dejarán! y desde esa vez y por siempre, ellos estarán viajando por las regiones más alejadas, solitarias e inhóspitas del territorio peruano, siempre apresuradamente y con pocas pertenencias.

Mientras su malogrado cuerpo es atendido, las enfermeras lo llevan delicadamente a la unidad de cuidados intensivos, donde parece que él vuelve en sí; pero su mente todavía se encuentra en un distante pasado, cuando era un niño en la ciudad donde él nació. El alma del Cóndor recuerda muchas cosas que vio y que pasó en el Cuzco.

Se acuerda de la antigua iglesia de Santo Domingo, construida por los conquistadores sobre los cimientos y restos de las ruinas de uno de los principales adoratorios incaicos: el Korikancha; usado para venerar a su dios, el Sol. El templo fue profanado y destruido, después que los españoles subyugaron y humillaron a los vencidos habitantes. Él recuerda cuando jugaba fútbol con los padres dominicos en esos patios rodeados por arcos y pilares de piedra, y pisos de losetas de color amarillo y azul. En las paredes colgaban enormes y antiguos óleos, ahora polvorientos y descoloridos, los cuales presentaban en sus lienzos deteriorados a curas pomposos y hombres barbudos vistiendo armaduras y en el fondo oscuro de estas pinturas apenas se podía ver indígenas con sus vestimentas originales. Los silenciosos oratorios con una misteriosa sensación de quietud y paz, fueron construidos por los incas, usando grandes piedras grises, labradas como con rayos láser. Ahora, estos grandes cuartos están vacíos y carentes de sus dorados ornamentos del brillante pasado. ¡Oh, esos pilares eran tan antiguos!, pero sólo recién ahora, él se da cuenta de su historia, que en aquel entonces, no la sabía.

En un cuarto privado y lleno de instrumentos médicos, abre sus ojos viendo más oscuridad que luz. A través de sus córneas nubladas, ve a un cura sentado cerca de él, mirándolo pensativamente, tratando de hacer lo

que siempre ha hecho: dar los Santos Óleos. Pero el cura está confuso y no sabe si éste es el momento indicado para hacerlo. Cóndor escucha las voces muy distantes de sus familiares que están afuera del cuarto; reconoce y siente más dolor, mientras muy lejanamente oye sus lamentos. Su alma, que todavía está con él, ansiosamente se mueve de un lado a otro, mirando al cura, pero en reverencia, vuelve a su cuerpo moribundo, que sigue recordando su niñez cuando iba a la iglesia, mucho antes de que sus padres se despertaran.

Cada domingo y muy temprano tomaba un baño en la casa de un solo cuarto y piso de tierra. Hervía el agua en el fogón de adobe, fuera de la habitación, usando restos de estiércol disecado como combustible. Llenaba la tina de aluminio temperándola con agua helada y caliente, para lavarse primero la parte superior del cuerpo. En el cuarto, débilmente iluminado por el saliente sol, él mira las paredes de adobe adornadas con fotografías de Clark Gable y Shirley Temple, se ven tan distantes y diferentes, que siente como si fueran de otro mundo. Las fotos arrancadas de viejas revistas, están amarillentas, y a pesar de no ser en colores, son un deleite para la vista. Usando más jabón, ahora se lava la parte inferior, luego se viste con sus pantalones cortos y camisa blanca. Va a misa solo, caminando por las antiguas calles, entre paredes incas que aún están en pie, y pasadizos empedrados, en los que —seguramente— sus ancestros caminaron por ellos, muchos siglos antes. Entra a la antigua iglesia colonial, donde muchas mujeres de edad, arrodilladas, vestidas con ropas indígenas, rezan y lloran, lamentando su miseria y pidiendo milagros a unos santos blancos y mudos y a un Dios crucificado. A la izquierda de la enorme y antigua puerta doble con manijas de bronce, se encuentra el Señor de los Temblores, y a la derecha, está la Virgen María. Él ve todo esto con respeto y lástima, y en la resonante “caverna” de la catedral, siente que prefiere volar y ver a los hombres arando la tierra en los tranquilos y remotos andenes.

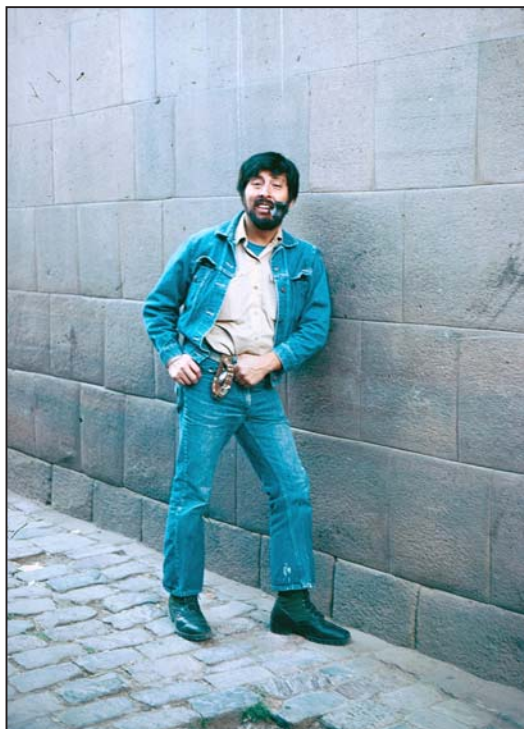
Esta ciudad se vuelve un mundo de remembranzas; en todas par-

tes hay una historia raramente contada. La gente de esta antigua metrópoli, vive en casas de cimientos contruidos por los incas. Camina por los tortuosos y angostos caminos que suben las lomas y que fueron contruidos por sus antepasados. Todo alrededor de la ciudad, está formado con los restos de lo que fue un gran imperio y donde se sienten las cadenas del pasado. Se huele la tierra húmeda de los ancestros, como un recuerdo existencial de lo que fueron y de lo que pasó con ellos.

En las calles se pueden ver a los indígenas, como si sus pasados turbulentos hubieran esculpido ideas perpetuas en sus pensamientos. En tanto que en Roma, los vestigios de mármol de esa gran cultura son el recuerdo de un pasado ilustre. Un indígena viene *picchando* coca, vestido con su chullo, poncho y ojotas. Él y yo somos iguales, pero extrañamente, somos diferentes por tan sólo un insignificante minuto del destino que, sin embargo, marca una gran diferencia entre nosotros. En el Cuzco, Cóndor aprendió en su alma y para siempre que éste fue el lugar de la grandeza y la caída de su pasado. Este es el Jerusalén de sus ancestros, el Jerusalén de su pasado. Pero nadie lucha por este Jerusalén andino; todo sigue en lo mismo, nadie quiere recordar lo que pasó. Muchos prefieren olvidarlo, como si nosotros, los descendientes de los Incas y sus construcciones antiguas no fuésemos recuerdos permanentes de lo que éramos. Nosotros preferiríamos enterrar el pasado y dejar transcurrir cientos de años para que las nuevas generaciones lo redescubran, y tal vez, de esa manera aprenderíamos a respetarlo, como sucede con el Jerusalén del Medio Oriente, cuya gente se aferra y rinde culto a los últimos vestigios de una antigua pared.

Así es el comienzo de su vuelo para este pequeño Cóndor, que aún no está seguro del día que podrá volar alto y muy lejos.

En este pueblo, Cóndor no ha visto mucho optimismo. Ha notado que las familias indígenas —debido a sus complejos raciales— no brindan abiertamente cariño a sus hijos, aunque sí tienen por ellos un instinto natural de protección.



*Caminando por las
viejas calles
adoquinadas
—a cuyos lados, las
paredes incaicas están
aún en pie—.
Caminos sobre los
cuales sus ancestros
seguramente
transitaron por siglos
antes que él.*

Él ve descontento en sus rostros, hay desconfianza y desprecio tan arraigados de unos por los otros; que ha llegado a ser un rasgo distintivo de nuestra raza, tal como los alemanes que son conocidos por su disciplina; los ingleses por su pasado colonialismo y los americanos por su gran tino financiero. ¡Sí! Cóndor ha volado muy lejos y conoce muchas naciones y lugares como el río *Rhein* de los viejos tiempos, con sus numerosos castillos y sus relatos gloriosos. El pueblo europeo es orgulloso de su pasado y recibe de su historia un sustento moral para seguir avanzando. Pero las injusticias del hombre son tan universales que cada nación y cada cultura tienen algo que es necesario recordar y corregir en su pasado.

El pequeño Cóndor ha visto los daños al cuerpo físico e injusticias al espíritu humano, pero él sabe que el pasado fue peor y tiene la espe-

ranza de que el futuro, tan distante en el infinito, será mejor, por la voluntad de los corazones de la gente.

A medida que los efectos de la anestesia van pasando, sus sentidos corporales y de este mundo, comienzan lentamente a regresar a su ser humano. En un cuarto lleno de confusión y en medio de su agonía, su alma se reúne con él. Ahora, ambos, cuerpo y alma continuarán el viaje al pasado con la incierta esperanza de un mejor entendimiento de sí mismo, su gente y el mundo.